

EDITORIAL

EL PROCESO DE PACIFICACION EN CENTROAMERICA

Cuando el 15 de enero se volvían a reunir en San José de Costa Rica los cinco presidentes centroamericanos para cumplir uno de los requisitos de Esquipulas dos, casi todo parecía perdido en lo que tocaba a la pacificación de Centroamérica. Ciertamente la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento (CIVS), tras su recorrido por cada uno de los países, había realizado un informe más bien positivo y esperanzador: no se había cumplido todo, incluso no se había logrado mucho, pero se constataba una buena disposición y hasta un cierto cambio sustancial en las actitudes del pueblo centroamericano en referencia a la paz. Pero aun este mismo informe de la CIVS se había convertido inicialmente en un obstáculo para la paz al no alabar lo bastante a los llamados países democráticos y al no condenar lo suficiente al sandinismo nicaragüense.

Las declaraciones airadas y agresivas del presidente Duarte en las cuales aseguraba el pleno cumplimiento por su parte de Esquipulas dos y el casi total incumplimiento de Nicaragua, junto con la posición del presidente Azcona, contraria al alargamiento de los plazos, no auguraban nada bueno para el proceso de pacificación tal como éste había sido delineado por los presidentes centroamericanos en Guatemala 150 días atrás. ¿Habría entonces que romper con Esquipulas dos, aceptando así el pronto fracaso de la "segunda independencia de Centroamérica" o se podría buscar algún modo de proseguir los esfuerzos para que continuasen a la vez el proceso de independencia y el proceso de pacificación?

Los pronósticos se ennegrecieron todavía más al conocerse la disposición y las presiones norteamericanas. El gobierno de Reagan ejerció, en la semana anterior a la reunión de Guatemala, enormes presiones sobre los presidentes más dependientes con el fin de conseguir la condenación de Nicaragua. El plan de Esquipulas dos habría fracasado por culpa de Nicaragua, con lo cual el presidente Reagan podría relanzar de nuevo su propuesta de una ayuda multimillonaria a los contras, punto central de su política en el área, pero punto asimismo central contra Esquipulas dos, que exigía el cese de esa ayuda. Podría asimismo continuar su política respecto de El Salvador con la prolongación de la guerra contrainsurgente de baja

intensidad sin concesiones ulteriores en la línea del cese del fuego ni del diálogo con el FMLN. Podría finalmente dejar militarizada a Honduras con la triple ventaja de asentar sus propias bases en territorio hondureño, de asegurar la retaguardia de los contras y de acallar el descontento de un pueblo sumido en el subdesarrollo de la miseria.

Nicaragua pugnaba tenazmente por avanzar en el proceso de democratización que le exigía Esquipulas dos, aunque sin llegar a conseguir plenamente sus propios propósitos, pero con un gran interés en cumplir en todo. El presidente Arias también buscaba que no fracasase su plan por ser el suyo, por tener la reunión en San José y porque Costa Rica necesita la paz. Guatemala también, menos sujeta a las presiones norteamericanas, veía las cosas con mayor objetividad y, consecuentemente, con menor hostilidad.

Así las cosas, la reunión de San José no se veía nada fácil y no lo fue, pero resultó inesperadamente positiva.

1. El éxito de la reunión de San José

La vigencia de Esquipulas dos después de la reunión en San José es ya de por sí un éxito inesperado. Podría haber sucedido que los presidentes de El Salvador y Guatemala, por un lado, y el de Nicaragua, por otro, se hubieran librado de sus respectivos compromisos alegando la imposibilidad de cumplirlos por razones ajenas a su voluntad. El Salvador no tendría ya que reemprender conversaciones para el cese del fuego y mucho menos el diálogo con el FMLN, puntos difíciles de cumplir con éxito. Honduras no tendría que resolver el problema de los contras en su territorio, cosa que no está en sus manos sin permiso ni ayuda de Estados Unidos. Nicaragua no necesitaría hablar con los contras ni liberalizar su línea política, temas que pueden complicar las relaciones del poder sandinista con las otras fuerzas sociales y políticas. Sin embargo, no ocurrió así. Sentados los tres presidentes en la mesa centroamericana prevaleció el interés de la paz sobre las dificultades de los medios para conseguirla. Se impuso así la razón política mayor sobre las razones políticas menores.

Dadas las presiones que había, el resultado de esta reunión prueba que la necesidad de la paz y de los dinamismos de pacificación son mayores en Centroamérica que otros intereses. Los presidentes no pudieron ir contra esta fuerza mayor de la paz y contra los modos políticos de alcanzarla, los cuales se reflejan ya claramente no sólo en las condiciones objetivas, sino también en la conciencia popular. De momento, al menos, los favorecedores de Esquipulas pudieron más que sus opositores. Pero un éxito todavía mayor fue el que los presidentes centroamericanos pudieran resistir la presión del gobierno de Reagan. Lo hicieron con decisión al firmar Esquipulas dos y lo han vuelto a hacer en el nuevo documento de San José.

Al presidente Reagan no le gustó Esquipulas dos porque sus manos quedaron atadas por lo propuesto en Guatemala, toda una estrategia distinta y aun contraria a la que se ha venido imponiendo con muy poco éxito desde la Casa Blanca y el Pentágono. Por eso los presidentes de El Salvador y de Honduras fueron sometidos a una implacable presión para que no dieran

ningún otro respiro a Nicaragua y para que no volvieran a dificultar la proyectada ayuda militar a los contras. Y, sin embargo, esta presión no dio el resultado pretendido. La política norteamericana para Centroamérica volvió a ser rechazada. Esto no tiene otra explicación que su carácter absolutamente indefendible. Si hubiera tenido un mínimo de razonabilidad desde la perspectiva centroamericana, si hubiera tenido, al menos, un mínimo de apariencia ética, los presidentes de El Salvador y de Honduras la hubieran defendido y la hubieran sacado adelante, dada la enorme dependencia que tienen de Estados Unidos. Si no lo hicieron, es porque carece de razonabilidad incluso aparente, y porque carece de una mínima justificación ética. Toda la retórica reaganiana sobre la democracia y los combatientes de la libertad ha quedado desvanecida como una niebla ante el soplo de la realidad.

Consecuentemente es un éxito el pequeño margen de independencia que frente a Estados Unidos volvieron a demostrar los presidentes centroamericanos. Es un punto importante que debe ser reconocido por todos, tanto de la derecha como de la izquierda. Es posible separarse de la obediencia del imperio y los presidentes lo han hecho. En este caso no se trata sólo de haber actuado al margen de consignas y órdenes, sino en contra de ellas. Y esto no en un asunto marginal, sino en un problema central. Sería prematuro e ingenuo echar las campanas al vuelo, pero sería torpe y ciego no valorar este gesto como se merece. Esto se dio porque se concertaron circunstancias, entre las cuales deben resaltarse la responsabilidad que suponía el romper con la decisión histórica de Esquipulas dos, la irracionalidad de la propuesta norteamericana, el apoyo internacional casi unánime y, especialmente, la reunión misma de los presidentes. Es necesario insistir sobre esto último. Cada presidente por separado puede ser fácilmente doblegado por la imposición norteamericana sea a través de los millones de dólares ofrecidos sea a través de los ejércitos respectivos. Pero juntos todos ellos, enfrentados con las necesidades imperiosas e imperantes de sus pueblos, ninguno quiere aparecer como lacayo. La acumulación de



Prevaleció el interés de la paz sobre las dificultades de los medios para conseguirla.

su pequeña cuota de poder, el ponerse como presidente ante los ojos y el juicio de la historia, representada hoy por los pueblos centroamericanos y del mundo, hace el milagro de que los que son débiles por separado ante Powell, Bush, Abrams o Busby, sean algo más fuertes e independientes. Esto que a más larga distancia indica la necesidad de constituir una Centroamérica unida, a corta distancia señala la conveniencia de la reunión previa de presidentes. Podía parecer que dejados solos se impondría el cuatro a uno que pretende Estados Unidos. Los hechos ocurridos en Guatemala y en San José indican que lo que en unos momentos es un cuatro (Honduras, El Salvador, Guatemala, Costa Rica) a uno (Nicaragua), en otros puede ser un dos (Honduras y El Salvador), dos (Guatemala y Costa Rica), uno (Nicaragua) y aún en algunos aspectos un tres (Guatemala, Costa Rica y Nicaragua) a dos (Honduras y El Salvador). Hasta ahora las reuniones de presidentes han concluido en términos positivos tanto en Esquipulas uno y dos como en San José.

Es también un éxito el progreso de Nicaragua. A Nicaragua se le exige democratización y no expansionismo revolucionario. Sea dicho de paso que ambas exigencias son en sí válidas y pedidas de buena fe por gentes honestas, pero que su reclamo por otras está cargado de hipocresía si se examina la vigencia de la democracia y del intervencionismo por parte de otros países, a los cuales no se les presiona del mismo modo. Pero Nicaragua ha tomado en serio lo que ha firmado en Esquipulas dos. Le había costado ponerse en marcha, aunque desde el principio dio pasos fundamentales cargados de efectividad potencial, pero estaba dispuesta a conceder más con tal de contar con el tiempo suficiente y con las circunstancias adecuadas. Finalmente, en San José hizo tres concesiones audaces: levantamiento del estado de emergencia⁴ (El Salvador lo tuvo 7 años sin que Estados Unidos reclamase su levantamiento), conversaciones directas con los contras y promesa de una amnistía total.⁵ Se atribuye esta concesión a la amenaza pendiente de la ayuda militar multimillonaria a los contras. Obviamente esto es algo que los sandinistas quieren estorbar y a ser posible impedir. Pero no conviene olvidar que no temen el que esta ayuda ponga en peligro el poder sandinista. Reagan no derrocaría por la fuerza a los sandinistas en un año cuando ha fracasado en los 7 anteriores. La verdad es que si Reagan busca la democratización en Nicaragua, lo va a impedir con la ayuda a los contras y aun con la amenaza de la ayuda a los contras (esto en menor grado) y lo va a facilitar si suprime esa ayuda y si se sienta a negociar con Nicaragua. Esto supone un fracaso de la estrategia pasada, pero trae grandes bienes a Nicaragua, a Centroamérica y aun a Estados Unidos. Los sandinistas han visto que su pueblo necesita la paz y por conseguirla están dispuestos a repensar la estrategia que deben seguir para continuar su revolución.

Es, finalmente, un éxito la tarea que ha quedado por delante a los pueblos y gobiernos de Centroamérica. Esquipulas dos representó el desentramamiento y la dinamización del proceso de paz regional y nacional.⁶ En



los más de 150 días que separaron la reunión de Guatemala de la de San José no se lograron resultados decisivos en la búsqueda de la pacificación, pero sí se movieron las conciencias, se comprometieron las palabras y se hicieron gestos de eficacia parcial. Eso fue sumamente positivo y así lo ha reconocido la CIVS. Pero queda mucho por hacer y la reunión de San José anima a hacerlo. Se ha reforzado el compromiso no sólo de no dejar morir Esquipulas dos, sino de relanzarlo para que cuanto antes se puedan lograr sus objetivos de pacificación y democratización. La tarea y el compromiso han sido tomados de manera muy explícita por los presidentes. Quien más y más pronto ha emprendido la tarea ha sido Nicaragua. Pero a Honduras y a El Salvador les queda también mucho que hacer en la pacificación y también en la democratización. Es bueno que no lo olviden ni lo retarden los respectivos presidentes.

2. La declaración conjunta de San José

Más allá del espíritu que dominó la reunión de San José es importante detenerse también en la letra de la declaración surgida de ella. El espíritu puede y debe seguir actuando, pero la letra fija un conjunto de obligaciones públicas y constituye un punto de referencia esencial para poder seguir impulsando Esquipulas dos. No estamos ante un Esquipulas tres porque la reunión de presidentes pertenece a lo prefijado en Esquipulas dos, porque el documento actual no tiene la envergadura ni la consistencia del anterior y porque la decisión final fue proseguir las acciones de paz en el marco de Esquipulas dos ligeramente corregido y no crear otro nuevo.

Lo que pasa en Centroamérica es algo propio de los centroamericanos, pero no es exclusivo de ellos, pues Estados Unidos afirma que ahí se juega su seguridad.

La ratificación de Esquipulas dos constituye el primer aporte valioso de la reunión de San José. "Los presidentes ratifican el valor histórico y la importancia del acuerdo de Esquipulas 2, cuya concepción y espíritu hoy reconocen como vitales para el logro de la democratización y la pacificación de la región." Así reza el principio básico del documento. Su cuidadosa formulación reitera que el objetivo final lo constituyen la democratización y pacificación de la región en una fórmula que parece indicar el valor equivalente de los dos términos —democratización y pacificación—, y su mutua dependencia sin decantarse expresamente por la anterioridad causal o no de uno sobre otro y soslayando así el definir la disputa de si es la pacificación condición previa para la democratización o si es ésta el principio inexcusable para alcanzar la paz en Centroamérica. Queda en pie que se debe trabajar en los dos campos simultáneamente y no dejar el trabajo directo por la paz hasta que se haya conseguido una plena democracia ni dejar el proceso de democratización hasta que haya desaparecido por completo la guerra.

En segundo lugar, se reafirma que Esquipulas dos es vital para conseguir ese objetivo. Con ello se rechaza la posición de quienes en el área y fuera de ella sostienen o que Esquipulas dos nunca debió existir por contener elementos fundamentalmente indeseables o que su puesta en marcha ha demostrado la ineffectividad de su planteamiento. Positivamente se reitera la actualidad y la necesidad de lo proyectado en Esquipulas dos. Sabido es que el gobierno de Reagan, buena parte de los ejércitos centroamericanos y la derecha política en cada uno de los países de Centroamérica no están de acuerdo con el giro fundamental que supuso el acuerdo de Guatemala. De ahí la importancia de la reafirmación.

En tercer lugar, se habla cautelosamente de "concepción y espíritu." Los presidentes aceptaron que no toda la letra de Esquipulas dos era igualmente válida e inamovible y aceptaron también, aunque implícitamente, que el cumplimiento puramente formal de la letra no es suficiente ni para democratizar ni para pacificar la región.

El cumplimiento de los compromisos de Esquipulas dos no ha sido plenamente satisfactorio. Se acepta así una realidad evidente, pero no se centra unilateralmente la acusación contra Nicaragua. Queda así rota la estrategia norteamericana que había convertido a Nicaragua en reo no sólo por no haber cumplido, sino por haber impedido el cumplimiento ajeno. A nadie se le acusa en particular, pero a nadie tampoco se le exculpa. Se recoge así, no sin resistencias, el informe de la CIVS, mucho más ponderado que los informes de Honduras y de El Salvador. Los ataques previos del presidente Arias contra Nicaragua quedan subsumidos en la expresión también suya de un cierto desaliento general ante la falta de ejecución y de progreso en algunos puntos fundamentales, referidos tanto a la pacificación como a la democratización.

La reiteración de las obligaciones *contraídas se recoge de forma apremiante con palabras bien precisas. Son obligaciones incondicionales y unilaterales que obligan a un cumplimiento total e inexcusable; deben ser cumplidas inmediatamente en forma pública y evidente; no se puede renunciar a ellas ni cambiarlas. Parecería que toda esta serie de precisiones va dedicada a Nicaragua. Pero esto no es así de una forma exclusiva, porque afecta de igual forma a los demás presidentes y gobiernos que no han cumplido. A todos ellos se les quitan pretextos para no cumplir. Y este no cumplimiento basado en distintos pretextos afecta especialmente a Honduras y El Salvador, y no solamente a Nicaragua.*

Efectivamente, las obligaciones reiteradas son el diálogo, las conversaciones para la concertación del cese del fuego, la amnistía general y "sobre todo" la democratización con especial dedicación a Nicaragua. También entra en este conjunto de obligaciones el cese de la ayuda a los grupos irregulares y el no uso del territorio para apoyarlos. Finalmente, se hace referencia a los procesos electorales. El Salvador, por ejemplo, tiene pendientes las obligaciones del diálogo, de las conversaciones sobre el cese del fuego y la elección del parlamento centroamericano. Honduras tiene pendiente el cese de la ayuda a grupos irregulares y el no uso de su territorio en apoyo de los mismos. Recordar esto es importante cuando se quiere poner los ojos críticos sólo sobre Nicaragua. El informe de la CIVS muestra bien a las claras que no fueron sólo los sandinistas quienes no lograron el cumplimiento total y sobre todo efectivo de los compromisos de Esquipulas dos. Y este testimonio debe servir para superar la autocomplacencia con que varios de los presidentes afirman haber cumplido a cabalidad.

El control de la verificación del cumplimiento *se le retira a la CIVS y se le atribuye a una comisión ejecutiva integrada por los ministros de relaciones exteriores de los estados centroamericanos. No gustó a todos los presidentes el informe de la CIVS. Algunos lo recibieron con reservas, concretamente aquellos que decían haber cumplido cuando la comisión constató lo contrario. Hay en esta disposición un claro retroceso. La CIVS tenía en su seno a los ministros centroamericanos de relaciones exteriores, pero además a los ocho de Contadora y del Grupo de Apoyo junto a los secretarios generales de la ONU y de la OEA. Tal número de miembros hacía un tanto difícil el funcionamiento de la comisión, pero la revestía de una garantía y de un prestigio indudables. Entre la visión de los propios interesados, sumergidos en un difícil proceso y aprisionados por su falta de madurez política, y la visión de esos otros países y organismos, la ventaja estaba a favor de éstos. Sin embargo, esto no ha sido reconocido. Se cesa en sus funciones a la CIVS y se promete buscar "la cooperación de estados regionales o extrarregionales, u organismos de reconocida imparcialidad y capacidad técnica, que han manifestado su deseo de colaborar en el proceso de paz de Centroamérica." Es una instancia que se ha dejado sin precisar en cuanto al tiempo de su constitución y a su cometido y prerrogativas.*

Podría pensarse que también desaparece del escenario el Grupo de Contadora al cual se le pedía expresa participación en Esquipulas dos (n. 7) para las negociaciones en materia de seguridad, verificación, control y

limitación de armamentos. Aunque de palabra los presidentes hubiesen acordado prescindir también en este punto del grupo de Contadora, el documento suscrito en San José no lo dice de forma explícita, con lo cual pudiera pensarse que sigue vigente el numeral séptimo de Esquipulas dos, ya que se asegura el cumplimiento de estas obligaciones según "una estrategia ya establecida." De lo contrario, en San José se hubiera dictado sentencia de muerte para todo el proceso de Contadora. Esto no se ha hecho de forma explícita, aunque el rechazo de la CIVS no augure nada bueno para el ulterior desarrollo de Contadora.

El argumento de que los centroamericanos deben resolver por sí mismos sus propios problemas tiene sus ventajas en orden a reforzar la autonomía de la región. Pero en este caso cae en un doble engaño. Lo que está pasando en Centroamérica es algo propio de los centroamericanos, pero no es algo exclusivo de ellos, pues Estados Unidos, entre otros, dice que en Centroamérica se está jugando su propia seguridad. Además, Estados Unidos presiona abiertamente a los países y presidentes centroamericanos. Esa presión debe ser contrarrestada. En la constitución de Contadora primero y de la CIVS después es aceptable el supuesto de que países latinoamericanos podrían ayudar a resolver los problemas centroamericanos con mayor objetividad y desinterés que Estados Unidos o la Unión Soviética. Este supuesto es válido y responde a la realidad de la solidaridad latinoamericana. Por tanto, el dejar a los centroamericanos solos, puede llegar a significar que se les deja no solos consigo mismos, sino solos ante presiones muy difíciles de resistir.

Habrá que esperar a las próximas actuaciones de la comisión ejecutiva y a qué países y organismos se invitan en su ayuda para sacar conclusiones definitivas. Los presidentes no han actuado mal ni en Guatemala ni en Costa Rica y este es un signo positivo para esperar que la comisión ejecutiva tampoco actúe mal. Pero también hay razones para temer y por ello la presencia de países extranjeros junto a los cinco miembros de la comisión es de todo punto de vista necesaria. En sus manos está examinar el informe de la CIVS y hacer las recomendaciones pertinentes.



La ayuda económica internacional vuelve a aparecer como un elemento indispensable para alcanzar la paz, "ya que siendo económicas y sociales las causas primigenias de este conflicto, no es posible alcanzar la paz sin desarrollo." El documento reafirma así la tesis de que el conflicto centroamericano no es una derivación del enfrentamiento este-oeste, aunque sea afectado por él, sino que es causado principalmente por la situación social y económica de los pueblos centroamericanos. En consecuencia, sólo una solución, al menos mínimamente suficiente, del estado de pobreza y miseria que afecta a la mayoría de la población, podrá asegurar la paz.

Esto es lo fundamental. Otros puntos también importantes deben subordinarse de momento al cumplimiento rápido de ese objetivo fundamental. De ahí que puntos como el de la democratización y el del cese del fuego deban verse desde la urgencia primordial de hacer algo efectivo y sólido en favor del desarrollo. La prolongación en Nicaragua y en El Salvador se convierte así en obstáculo que ha de ser superado a la mayor brevedad. Es imposible pensar en un desarrollo económico mínimamente suficiente mientras continúen el desgaste y la destrucción causados por la guerra. Pero al mismo tiempo, las naciones ricas deben plantearse su contribución a la pacificación de Centroamérica, políticamente, favoreciendo una solución negociada, y económicamente, arbitrando entre ellas un proyecto de ayuda regional, el cual permita vislumbrar a mediano plazo una solución a los problemas económicos y a corto plazo una cierta mejoría.

Ciertamente, esta situación de miseria afecta a muchos países y a una gran parte de la población mundial. Pero la especificidad de Centroamérica radica en que se ha dado ya el salto de la opresión a los procesos revolucionarios, convirtiendo la zona en un foco de crisis internacional y asimismo en que por las dimensiones limitadas de la región no son necesarias ayudas extraordinariamente grandes para superar las causas primigenias del conflicto.

3. La esperanza de un futuro mejor

Se ha superado un momento difícil. Esquipulas dos sigue vigente no sólo ni principalmente como documento de intenciones y compromisos, sino como proceso real. Donde es más perceptible la realidad del proceso es en Nicaragua, el único país que ha cambiado notablemente tanto en la democratización como en el esfuerzo concreto de alcanzar un cese del fuego. Los demás países no se han movido apenas con el pretexto de que ya son países democráticos o de que no les es posible o conveniente dialogar un cese de las hostilidades.

En Costa Rica y en alguna medida en Guatemala, El Salvador y Honduras no ha comenzado el proceso realmente, sino que en lo fundamental las cosas siguen como estaban antes de Esquipulas dos. Pero aún

Esquipulas II aún no ha podido ser neutralizado porque la realidad se ha ido imponiendo con todas sus exigencias sobre las interpretaciones ideológicas, los intereses indefendibles y los orgullos irracionales.

en estos países se ha visto como posible y aun como necesario lo que hasta antes de Esquipulas dos se consideraba como inaceptable, esto es, la solución de los conflictos mediante el diálogo y la negociación. Esto ha hecho que el proceso se haya vigorizado, aunque sus resultados no sean todavía tangibles. La vigorización y aceleración del proceso son por lo pronto una fuente de esperanza.

Parece, por lo tanto, que se va imponiendo cada vez con mayor fuerza y amplitud la convicción de que es necesario llegar cuanto antes a la paz y que la consecución de la paz no debe venir por el camino de la guerra y de la represión, sino por el camino del diálogo y de la negociación. Antes eran más, y sobre todo eran más poderosos, quienes apostaban por la violencia como el medio más efectivo para acabar con el conflicto. Esto ha ido cambiando en la actualidad, incluso en Estados Unidos y en los países más afectados por la guerra. Es una situación respecto de la cual los países democráticos se encuentra con mayor capacidad de influjo. Contadora pudo ser neutralizada, aunque a su esfuerzo se debe el que se iniciara un proceso global de pacificación.

Esquipulas dos todavía no ha podido ser neutralizado porque la realidad se ha ido imponiendo con sus propias exigencias sobre las interpretaciones ideológicas, sobre los intereses indefendibles y también sobre los orgullos irracionales. Así se explica el fracaso del proyecto reaganiano para Centroamérica, por ser un proyecto irracional, falta de ética e inaceptable para lo que Centroamérica es y necesita. La capacidad del gobierno de Reagan para neutralizar el dinamismo de Esquipulas dos es todavía muy grande, si se considera la debilidad de los gobiernos y la dependencia en la cual se encuentran. Pero su capacidad para imponer un proyecto de guerra se va debilitando, con lo cual, el proyecto de la paz negociada se va robusteciendo.

En este punto los pasos dados por Nicaragua son alentadores. Ha renunciado hasta donde ha sido posible a lograr la paz mediante la derrota militar de "la contra," en definitiva, porque este proceso significa enormes costos para su pueblo. No está en peligro su mantenimiento en el poder mientras dura la guerra, la cual les posibilita imponer medidas de excepción. Más en peligro está ese poder si el sandinismo entra en el juego de las elecciones. Y, sin embargo, el proceso de democratización se ha puesto en marcha, incluso en condiciones todavía muy adversas. Ha prevalecido el cuidado por la mejora de una economía en lamentable estado sobre dogmatismos idealistas. Esto es importante subrayarlo. La posición dura sostiene que Nicaragua va cediendo por la presión militar a la cual la somete Estados Unidos, sin percatarse de que esa presión no pone en peligro el poder de los sandinistas y sí trae enormes males al pueblo nicaragüense, pudiendo llevar a un endurecimiento político del régimen. Más razonable es pensar que la desesperación de "la contra," una vez asimilada la lección de los últimos nueve meses, puede contribuir, en primer lugar, a una mejora de la censura en provecho de las grandes mayorías, y en segundo lugar, a nuevas formas de apertura democrática.

Lo que sucede en Nicaragua puede ser determinante para que Honduras



se vea liberada de la servidumbre que genera la presencia de "los contras" en su territorio, lo cual supondría una disminución de la ingerencia norteamericana en sus asuntos internos. Si esto lleva a una progresiva desmilitarización del país, entonces se podría pensar en un relanzamiento del desarrollo económico y con él de un auténtico proceso de democratización.

También es importante lo que ocurre en Nicaragua para el comportamiento del FMLN en El Salvador. Esta importancia no estriba en la prohibición de ayudar a los movimientos insurgentes prescrita por el documento de Esquipulas dos, sino en la lección histórica que se desprende de lo que está sucediendo en ese país. No basta con llegar al poder para implementar un régimen revolucionario marxista-leninista en la Centroamérica contemporánea.

Hay que situar por delante el bienestar consolidado de las mayorías populares sobre el idealismo revolucionario. Si los sandinistas, aleccionados por la realidad que están viviendo, se han visto forzados a ceder en tantas cosas, el FMLN debe también reconsiderar sus metas ideales e incluso su estrategia actual con especial atención a lo que significa para el presente y para el futuro del pueblo salvadoreño el arma del sabotaje económico. Este punto ha sido ofrecido constantemente por el FMLN, pero debiera ser asumido cuanto antes en una nueva fase del diálogo. Puede pensarse que el sabotaje económico obliga a dialogar, pero no debe desconocerse el doble hecho del mal que causa a la población y de su neutralización en términos globales por parte de la ayuda norteamericana.

Ciertamente, lo que está sucediendo en Nicaragua admite diversas interpretaciones y explicaciones, pero, según sean los resultados finales y aun los inmediatos, algo profundo debe cambiar en los planteamientos estratégicos y tácticos del FMLN. De la madurez política del movimiento revolucionario se puede esperar que algo así pueda darse pronto. Sin el

FMLN sigue siendo imposible la paz en El Salvador y sigue siendo imposible una solución integral justa de los problemas salvadoreños. Pero esa presencia del FMLN en el escenario político después de tantos años de lucha y después de la relativa novedad de Esquipulas dos hay que redefinirla. Esta redefinición ya empieza a percibirse, aunque todavía no con suficiente claridad.

La derrota en la Cámara de Representantes de la ayuda a "los contras" después del ingente y extraordinario esfuerzo del gobierno de Reagan por sacarla adelante, además de suponer una condena a la política militarista de Estados Unidos en Centroamérica, representa un gran respaldo a Esquipulas dos y un nuevo impulso a los procedimientos políticos de pacificación. Se trata de uno de los hechos más esperanzadores para relanzar el proceso, con tal de que no se busquen subterfugios, como en el caso del "Irán-contras" para hacer a escondidas e ilegalmente lo que no han podido hacer a las claras.

El gran defensor de "los combatientes de la libertad" y de los medios violentos ha sido derrotado y pocas posibilidades le quedan de hacer valer su prepotencia simplista sobre los dictadores de la razón y del derecho, sobre las exigencias de los pueblos. Si Nicaragua profundiza ahora su proceso democratizador, si se apura en ir cumpliendo con Esquipulas dos, se habrá dado un paso gigantesco. La clave inmediata de la pacificación en Centroamérica está en la pacificación de Nicaragua mediante la supresión de esa guerra inducida por Estados Unidos a través de "los contras."

Una vez logrado esto, quedará por afrontar la segunda clave de la pacificación mediante la solución del conflicto salvadoreño. El Congreso norteamericano haría bien en esforzarse para que el problema salvadoreño no se intente resolver militarmente, no obstante la disimetría que hay entre el FMLN y "los contras" y no obstante el que en un caso se ayude al gobierno establecido y en el otro a un grupo irregular. Difícil será conseguir que Estados Unidos—su Congreso y su gobierno—deje de enviar ayuda militar al gobierno de El Salvador, pero bien pudiera ser condicionada dicha ayuda—hay precedentes de ello— a una mejora en el respeto a los derechos humanos y a una negociación efectiva sobre el cese del fuego en el marco general de una salida política y global debidamente negociada.

Los logros sucesivos de Esquipulas dos en Guatemala, de la reunión de San José y de la derrota de Reagan en el Congreso son claros signos de esperanza y son, sobre todo, prueba fehaciente de que no son inútiles los esfuerzos concertados por enfrentarse contra posturas irracionales y violentas. No importa que su patrocinador sea la mayor potencia mundial en el paroxismo de su orgullo nacionalista. Ha habido que aguardar al octavo año de un presidente imperial para que se pudieran ver las primicias de un futuro mejor. A ello han contribuido muchos factores, incluido el de la resistencia norteamericana a la instalación de regímenes marxista-leninistas en Centroamérica. Pero sobre todo han operado la progresiva madurez de los sandinistas, el apoyo internacional y muy principalmente el clamor de unos pueblos, con resonancias en distintos agentes sociales, que

Hay que situar por delante el bienestar consolidado de las mayorías populares sobre el idealismo revolucionario.

claman por la satisfacción de sus necesidades básicas y por un orden mínimamente justo donde se pueda vivir humanamente.

El reclamo de la democracia es, de momento, un reclamo de la clase política, pero el reclamo de las clases populares es ante todo en favor de la justicia y de la paz. Este reclamo es el que ha aconsejado a los sandinistas buscar una salida negociada al conflicto nicaragüense. Ojalá este reclamo fuerce también al gobierno salvadoreño con su Fuerza Armada a buscar asimismo una salida negociada al conflicto actual.

"La contra" nicaragüense ha exigido a los sandinistas en sus primeras sesiones de diálogo planteamientos muy similares a los que el FMLN hace al gobierno salvadoreño, mientras que el gobierno nicaragüense ofrece a "los contras" concesiones similares a las que el gobierno salvadoreño hace al FMLN. Este paralelismo es engañoso. Sólo si "los contras" sin la ayuda de Estados Unidos se convirtieran en una fuerza semejante a la del FMLN en El Salvador podrían justificar sus exigencias. A su vez, el gobierno de El Salvador justificaría el carácter mínimo de su ofrecimiento, si estuviera en condiciones de acabar militarmente con el FMLN en un tiempo muy corto. Estos dos supuestos no parecen verosímiles y, por ello, tanto el gobierno de El Salvador con su Fuerza Armada como "los contras," deben cambiar radicalmente sus planteamientos. Tanto más cuanto los sandinistas pueden asegurar a sus contrarios la plena seguridad de sus vidas después de su reincorporación a la lucha política, cosa que no puede hacer el gobierno de El Salvador.

Este es un punto de gran significación. El Salvador apela a su condición de Estado en el cual tienen vigencia las libertades democráticas, pero no puede garantizar el uso de ellas por quienes son estimados como marxistas y revolucionarios. Nicaragua cuenta con menores libertades formales, pero ofrece mucha mayor seguridad en la utilización de las pocas que se han dado. De ahí el equívoco de comparar un caso con el otro en el plano de la formalidad y de la abstracción, haciendo caso omiso de las condiciones reales de verificación. Por consiguiente, los planteamientos en la negociación de los sandinistas con "los contras" son distintos de los del gobierno de El Salvador con el FMLN.

¿Se desvanecieron con ello los procesos revolucionarios en Centroamérica? ¿Se debe dar por asentado que el modelo tradicional del juego de partidos es la forma mejor para que los pueblos centroamericanos se liberen en la postración, de la opresión y de la represión, y alcancen una verdadera libertad personal, social y política? Si tenemos en cuenta que las causas primigenias de los conflictos actuales y potenciales son la pobreza y la miseria, la injusticia estructural y los influjos del capitalismo criollo y del imperialismo exterior y, por otra parte, constatamos la mentira en unos y la impotencia en otros de los regímenes "democráticos" en la región, habrá de tenerse una gran cautela al estigmatizar los procesos revolucionarios y al magnificar los procesos "democráticos."

Algunos aspectos de los procesos revolucionarios han mostrado no sólo su inaceptabilidad por esa parte de la comunidad internacional sin cuya ayuda no pueden desarrollarse, sino también defectos intrínsecos que no responden a la realidad de los pueblos ni al estado de su desarrollo. Pero con mayor razón ha de insistirse en que los procesos democráticos, tal como se dan en los países centroamericanos, aun con todo lo que puedan tener de pluralismo político, de libertad de organización y expresión y de alternabilidad en el poder, están muy lejos de haber resuelto los problemas principales tales como la soberanía nacional, el respeto a los derechos humanos, un mínimo de justicia social y de desarrollo económico, el sometimiento constitucional del poder militar al civil, un poder judicial eficiente al menos en los casos más graves y una participación activa y real de las grandes masas nacionales en aquellos problemas que las afectan más profundamente.

En Centroamérica no se ha conseguido todavía el modelo social y político que responda a las necesidades de las mayorías populares. Hablar de una tercera vía entre el socialismo y el capitalismo, tanto en lo económico como en lo político, sería, en el mejor de los casos, un ejercicio académico de poca operatividad. Los esfuerzos actualmente vigentes de una reforma hacia adelante del proyecto sandinista y de una profundización de los procesos democráticos tradicionales son experimentos históricos que pueden dar nueva luz sobre lo que es mejor para Centroamérica y para sus mayorías populares.

Si se desea igualdad de condiciones internacionales, sobre todo por lo que toca a la ayuda económica, ya en los próximos años podría medirse mejor la viabilidad y la efectividad de cada uno de esos dos modelos. Esta igualdad de oportunidades es difícil de imaginar dado el egoísmo fundamental que domina en las relaciones internacionales. Pero si se diera en el marco de una generosa ayuda internacional que promoviera un desarrollo regional respetando el pluralismo de los regímenes centroamericanos, siempre que se observen ciertas condiciones fundamentales que no confundieran medios con fines, tal vez estaríamos más cerca de la salida definitiva del conflicto centroamericano y aun del ingreso en un proceso de consolidación de la paz, lograda no por el acallamiento y el sometimiento de las demandas populares, sino por su satisfacción.

Este es el objetivo ineludible que hoy parece más posible, después de haber relanzado Esquipulas dos en San José de Costa Rica. Pero sería ingenuo pensar que todo está asegurado. Ni mucho menos. Las dificultades internas y externas siguen siendo enormes. Los resultados todavía son pequeños. Lo único esperanzador es que el proceso ha sido relanzado y lo ha sido por un buen camino. Lo que importa ahora es avanzar por él de la manera más lúcida y generosa posible.